

RECUERDOS EN EL TRASTERO

M.^a Ángeles Blay Muñoz

En cada cambio de estación revisamos los armarios y trasteros, guardando lo que no vamos a usar en breve y desechando lo que no usaremos jamás.

Así, en el fondo del alma tenemos un trastero infinito repleto de preciados tesoros sin usar: tantas frases de perdón ahogadas antes de nacer, amagos de abrazos, besos soñados, instantes no realizados, palabras y frases de amor inacabadas.

¡Cuán repletos están nuestros trasteros!

Pequeños fantasmas a veces los recolocan y cambian de sitio. Sentimos entonces que algo se está moviendo, y un vértigo aterrador se apodera de nosotros, pero nos calma el consuelo de saberlos guardados bajo llave. No obstante, el deseo de liberarlos cruza de tanto en tanto por nuestra mente. A veces deseamos verlos volar como mariposas que, al mirar, nos enternecen y embelesan, pero si lo hacemos y los soltamos, ¿cuál ha de ser su fin? Mandarlos al destinatario para el que fueron concebidos ya no es una opción, pues los momentos pasan sin posibilidad de retorno. Deshacernos definitivamente de ellos tiene su riesgo... Quizá decidan quedarse jugando en nuestra mente y nunca podamos alejarlos.

Aunque es infinito el espacio en el trastero del alma, sabemos que nuevos y recientes sentimientos habrán de ser acomodados, y, al abrirlo, siempre aflora el miedo de que alguno de sus antiguos inquilinos aproveche para abandonarlo.

Se rumorea que algunos afortunados nunca han tenido la necesidad de usarlo.

